

hoy escribe

Rafael Redondo (\*)

zelatan

La loca cordura de un disidente

Justamente ahora hace un año, Ronald Laing dio por terminada la aventura de su vida. Una aventura que, sin duda, ha marcado uno de los senderos más vitales de la historia de la psiquiatría.

Lo más interesante de él no es, a mi juicio, su posicionamiento crítico dentro del campo de la anti-psiquiatría. Lo que la personalidad de R. Laing ha supuesto como aportación positiva de cara a la salud humana, radica fundamentalmente en su consideración del ser humano como totalidad, pretendiendo entender el enfermar como un acontecimiento global, de origen no sólo físico sino también social y espiritual. Se resistió a considerar a la locura como una simple «nosología» maligna. Es más: para Laing, la locura podía entenderse, incluso, como parte de un proceso curativo de la mente, que, lejos de ser interrumpido en las condiciones carcelarias de confinamiento psiquiátrico, debería ser reconducido y entendido como un respetable «viaje» interior del que el individuo es capaz de regresar mejor que cuando en él se embarcó: transformado.

Pero semejante proceso difícilmente podrán llevarlo a buen puerto profesionales que carezcan de la deseable categoría personal que facilita la respetuosa cercanía al núcleo de semejantes «viajes». De ahí que Laing solicitara insistentemente una oportunidad al llamado «loco» o esquizofrénico, para que arribara a ese puerto a través de una ruta que, en cada caso, lleva un signo personal, genuino, original. Fue demasiado lejos. No es de extrañar que su mensaje se ahogara tanto entre la burocracia administrativa como en la bienpensante y esclerótica psicología académica. Su concepción tanto del diagnóstico como del tratamiento, se sitúa en las antipodas de los convencionalismos: cada persona es un caso único, fruto de circunstancias también únicas. Así, estudiando las circunstancias ambientales en que surge el brote esquizofrénico, Laing observa que éste aparece como una estrategia

especial ideada por el individuo para intentar sobrevivir en una situación insostenible: No puede hacer ningún movimiento, ni siquiera quedarse quieta, sin que se le acose con apremios y exigencias contradictorias y paradójicas... Se encuentra como si estuviera en posición de jaque mate».

Explorar cada caso con la pertinacia creadora que suscita Laing, implica, a mi juicio, dos posicionamientos interiores en el investigador que se acerca a diagnosticar: relativizar la estadística y despojar al individuo del calificativo de «caso» para entenderlo como lo que es: una persona. Y todo eso, lisa y llanamente requiere en el terapeuta, sea psicólogo o psiquiatra, una actitud interior cuyo nombre sólo puede entenderse a través de una palabra, que habrá que restaurar y revalorizar: amor.

Tanto la psiquiatría como la psicología tradicionales, pasan de largo «en efecto, pasan» de la situación significativa en que se desenvuelve cada persona. Pero cada individuo requiere una exploración especial, una investigación genuina. Cada diagnóstico es un proyecto original de indagación que solamente finalizará cuando se hayan logrado reunir las evidencias suficientes que puedan responder a las cuestiones más importantes. Semejante actitud no es precisamente la más frecuente en las instituciones de «salud mental»; menos frecuente, aún, en las Facultades de Psicología, que ya a estas alturas deberían llamarse Facultades de Mecanicismo Cognitivo, y no desvirtuar la raíz nominal de eso que sus planes de estudio tan torpemente soslayan: el espíritu. Será preciso recordar a los estudiantes de Psicología que «psijé» quiere decir «alma», y lo que ellos estudian es otra cosa.

Entender la locura como un «proceso curativo de la mente», no deja de ser paradójico, sobre todo para una mentalidad, como la occidental, que no sólo no ha logrado comprender

el sentido del dolor, sino que ni tan siquiera entiende qué quiere decir la palabra «sentido». De ahí que Laing no esté tan lejano de las concepciones de la moderna psicología transpersonal, cuyo concepto de la salud va más allá —infinitamente más allá— de la idea funcionalista de salud como adaptación al medio, pregonada por la psicología convencional. Sin que el sufrimiento, en tanto que sufrimiento, sea en sí mismo admisible, lo cierto es que para ciertas concepciones alternativas de la psicoterapia, vg. la psicoterapia existencial, el dolor, y, más exactamente, la locura, pueden ser entendidos como un embarque en el que la persona se desprende de todo tipo de certeza, de las fronteras entre lo real y lo irreal, de la diferenciación entre lo bueno y lo malo, de las fronteras espacio-temporales. Pero para quienes, quizá apremiados por la angustia de ese jaque mate, se ven en la necesidad de internarse en esa jungla, surgió la posibilidad de lograr renacer, al término de semejante viaje interior, a una existencia mucho más sana que la que entendemos como «normal».

El problema radica en que «Hay pocas personas, se busque donde busque, preparadas para guiar a otras por esa senda».

Laing, fue un tónico. Se quedó, sí, en la mitad del camino. Incluso al referirse a su peculiar modo de entender su aventura, señaló que «ha sido un viaje muy agitado y ciertamente no lo propondría como modelo para nadie...»

Pero Ronald Laing, entre aciertos y errores, tuvo la suficiente lucidez y valentía de apostar por la búsqueda de sentido al acontecer humano, a su sufrimiento y a su alegría. Quizá por esa razón el poder lo tildara de «raro». Su vida, entre luces y sombras, fue un continuo peregrinaje: un «viaje muy agitado», propio de la honradez de los disidentes.

(\*) Profesor de Psicología en la Universidad del País Vasco. Director de Formación de «Argia»

Larramendi eta Lewis

«Ederra egin ziguk orain Patxi Altunak» pensatu duke zenbaitek. Larramendik euskara osotara ahaztu zuela, eta oso berandu, bere biziera osoa ia ia erdera hutesz egin ondoren, azkeneko urteetan bakarrik berreuskaldundu zela... Baina niri oso garrantzitsu inditu zait azpeitiarraren aurkikuntza; eta ez gutiz harritzekoa. Ez baita inolaz ere bere abertzalezea horrela burutu duen lehenengoa izan; eta ez baita azkenekoa izango (Telletxea mintza begi-gu).

Gogoan dut, esate baterako, Sander Lewis galestar idazle eta abertzalea. Hautzarroan Liverpoola eramanda, gaztaroan barrena ez zuen ingelesez baizik egin; eta geroago, berriro Galesa itzuli zenean, «Kimiri» —era bütsez mintzo zen herri txiki batean finkatu zen; eta, horretara, «kimiri» —dun berri bihurtu zen, nazio hizkuntza erabat menderatuz, eta batera Galesko mugimendu politikoa eta kulturala sortuz.

Ezta hori, jakina, denen kasoa. Gure Unamuno, adibidez, ez zen Salamancan abertzaletu, eta ez gutxiagorik ere.

Baina badirudi joera nagusiaren aurrean gaudela: gauzak galdü ondoren estimatzen ditu gizonak. Gauza bera herriek ere.

Euskal abertzaletasuna Bilbo erdaldunduan sortu zen, eta ez Oriatin edo Astunen. Ben Bellak gartzelan berreskuratut zuen arabiera; eta sozialismoa intelektual burges kumeen artean ofitü zen.

Gabeziaren pausu hori ezagutzea normala da. Bai pertsonengan, bai herrietan.

Gakoa besterik da: gabeziaren mentu hori gaintzea ala ez gaintzea. Horixe da gauko gure postura.

Txiñaldegi

hemeroteca

La Cuota

(Francisco Umbral, «El Mundo», 3-XI-90)

Cuando las guerras de Cuba, Filipinas y Marruecos había una cosa en España que se llamaba «la cuota». La familia pudiente pagaba al Estado o al Ejército una cuota y el señorito no iba a morir por la Patria. A morir por la Patria iba un pardal de rayadillo, anónimo y atónico, aunque estuviese fuera de cupo. La Patria, o sea, aunque ahora la canten con elocuencia los almirantes, aliñadola de Virgen del Carmen y Niño Jesús, la Patria, digo/decía, es según y como.

Con Franco hubo otra forma de cuota, que eran las Milicias Universitarias. Los señoritos iban a campamentos de verano y llevaban entorchados colgantes por donde les agarraban sus novias como del roncal, que entonces a un novio había que llevarlo del roncal hasta el altar. Los patanes, los piernas, los «atónitos palurdos sin canciones», esos que pintaban por las paredes «vivan los quintos de 54», o sea los quintos de tapia y mano de obra, los peones de albañil de la Patria, iban sin entorchados, se les repartían las bofetadas de reglamento y a ninguno se le ocurría denunciar nada, porque no había donde ni de qué.

Pérez de Cuéllar. Franco y los

jefes locales pedáneos del Movimiento repartían por la provincia, a la gente, veinte duros y un bocadillo (era un patriotismo de mortadela y otra forma de cuota), pero sólo les traían a la Plaza de Oriente (ese Golfo urbano y cultísimo), donde no corrían ningún peligro, a gritar «Franco, Franco, Franco, a ti te lo debemos».

Ahora, continuando toda esta hermosa tradición de la cuota, el ministro Serra ha andado repartiendo 30.000 ptas. por familia, a los deudos del marinero en tierra, para gastos de viaje y despedida, obsequios, recuerdos y algunos donuts extra. La cuota, pues, está en 30.000 pesetas. Ya sabemos, al fin, que un quinto español vale seis mil duros. Cuando el desastre de Anual sólo valía veinte, pero todo ha subido.

Don Narcís Serra ha tenido un detalle, sólo que, digo yo, un patriotismo con propina es un patriotismo culpable, vergonzante. El Gobierno tiene mala conciencia y lo resuelve con 30.000 pesetas y un plus de Virgen del Carmen.

La cultura política de HB

(Luis A. Aranberri, «Deia», 3-11-90)

Algunos han pretendido ver en el mantenimiento de escaños —aunque

haya perdido votos— de HB un fracaso del Pacto de Ajuria Enea. No sólo un triunfalista Tasio Erkizia se ha mostrado públicamente en este sentido, sino que incluso un representativo dirigente de EE, quizá llevado por el desánimo de unos malos resultados, me confesaba en privado coincidir con ello. Pero, al margen de cómo le haya ido a cada uno la fiesta, el Pacto de Ajuria Enea ofrece un balance positivo y la mejor prueba de ello es el deseo de HB de querer participar en el gobierno de coalición. Deseo expuesto, primero, en el momento cumbre de su campaña electoral, es decir, con objeto de ganar más votos, y segundo, en su visita más alegre que combativa a Ajuria Enea.

Ahora bien, con ser importante cara a la galería, el paso dado por HB, no es nada con lo que todavía le queda por dar. Desde la política rupturista y antiestatutaria recogida en la alternativa KAS hasta la propuesta teórica de un nuevo texto estatutario y el deseo de participar en el gobierno «vascogando», apenas hay un intervalo de diez años. El supuesto empecinamiento de HB ha dado muestras de saber cambiar mientras dice que no cambia. HB ha demostrado una gran habilidad en jugar con los grandes enunciados, pasando sin rubor de ambigüedad a negociación a negociación como si apenas hubiera diferencia. HB ha cambiado de palabras pero no de cultura política. Y es con esa misma cultura política

de los últimos diez años con la que parece pretender llegar al gobierno.

HB sigue sin denunciar a la violencia no ya de ETA, sino incluso de su propia militancia. Violencia que se expresa en la extorsión social, en la quema y destrucción del patrimonio público, en el desprecio de la propiedad privada ajena, en mirar al resto de los ciudadanos por encima del hombro, en creerse más, mejores y jueces de lo que es bueno o malo para este país. Sentimientos todo ellos interiorizados en el cuerpo social de HB y que no cambiarán de un día para otro por el hecho de que cambien los grandes enunciados. Y el Pacto de Ajuria Enea sigue teniendo una labor que hacer, forzando el cambio de actitud.

